

Javier Ruescas & Andrés Quinzanos



LA ABUELA ESPIA



Y EL TESORO MALDITO



Ilustrado por
Ignacio
Hernández

edebé



LA ABUELA
ESPÍA 

Y EL TESORO MALDITO

Javier Ruescas & Andrés Quinzanos

 **LA ABUELA
ESPÍA** 

Y EL TESORO MALDITO

Ilustrado por
Ignacio Hernández

edebé

© Javier Ruescas y Andrés Quinzaños, 2023

© Edición: EDEBE, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

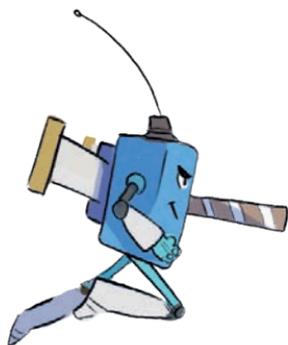
Dirección editorial: Reina Duarte
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look
© Ilustraciones: Ignacio Hernández

1.ª edición, junio 2023

ISBN: 978-84-683-6381-3
Depósito legal: B. 506-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*A Pilar, María, Rosario y Luisita,
por ser las mejores abuelas
del mundo.*





CAPÍTULO 1

La serpiente nos miró y se relamió con una de sus ocho lenguas viperinas antes de que todos echáramos a correr.

Sí, sí, has leído bien: ¡con **UNA** de sus **OCHO** lenguas! ¡**Porque esa serpiente tenía OCHO cabezas!** ¡Con sus **DIECISÉIS** ojos y sus **DIECISÉIS** colmillos llenos de **VENENO!** ¡Y parecía muy muy hambrienta y con muchas ganas de zamparnos como si fuéramos un bocata de tortilla de patatas!



Carlos, lo estoy contando yo...

¡O una *pizza* Margarita con mucho queso y mucho jamón!

¡Pero yo también quiero contar cosas y me gusta más la *pizza*!

Bueno, vaaale..., pues como una *pizza* Margarita con mucho queso y mucho jamón...



El caso es que ni mi hermano Carlos ni yo esperábamos empezar el verano así, la verdad: en Japón, huyendo de una serpiente de **(¡REPITO!)** ocho cabezas y con nuestra abuela Rosario cubriéndonos las espaldas con una superespada mágica capaz de controlar el viento.

—**¡No dejéis de correr!**

El grito de la abuela me hizo acelerar.

Era como cuando en el cole teníamos que hacer una carrera de obstáculos, solo que en lugar de en el patio ahora atravesábamos grutas y pasadizos tenebrosos de un santuario milenario que parecían a punto de derrumbarse sobre nuestras cabezas. Menos mal que yo era de las mejores de mi clase y que...

—**¡Ahhh! ¡Marta! ¡Socorro!**

Me detuve en seco y me di la vuelta.

Hikaru era quien había gritado mi nombre pidiendo ayuda. **¡Se había caído por culpa de una baldosa suelta y la serpiente lo había visto!** Unos metros más allá, la abuela estaba luchando con cuatro de las cabezas



del monstruo, pero una de las otras se había fijado en él.

El reptil entornó los ojos y olisqueó el aire sacando de nuevo su lengua antes de lanzarse a por mi amigo. Pensé rápido y actué aún más deprisa. Me acordé de lo que habíamos aprendido en clase sobre los reptiles y supuse que, aunque este tuviera ocho cabezas, mi plan podría funcionar.

—**¡Carlos, la luz del cuco!** —grité a mi hermano.

—**¡¡Ostras, es verdad!!** —exclamó él, y supe que me había entendido.

Rebuscó entre las opciones del reloj hasta dar con la opción de hacer fotos con *flash*. Con los dedos temblando de los nervios, enfocó su muñeca hacia la serpiente, pulsó el interruptor y...

¡¡FLASH!!

El fogonazo de luz iluminó durante un segundo la oscuridad de la gruta como si estuviéramos a plena luz del día... **¡Y FUNCIONÓ!** La cabeza de la serpiente se detuvo en seco, cegada por el *flashazo*, y retrocedió siseando,





enfadada. Entonces corrí hasta Hikaru y le ayudé a levantarse.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, sí, ¡**vamos!** —exclamó él, y seguimos avanzando tras su abuela Azumi y mi hermano Carlos.

A nuestra espalda, la abuela Rosario también aprovechó la distracción para dejar de luchar y seguirnos.

—¡**No os detengáis!** —gritaba.

Pero su voz se extendió de pronto por el eco a nuestro alrededor: habíamos abandonado el túnel y habíamos llegado a un enorme salón iluminado por varias antorchas. El lugar contaba con ocho columnas gigantes de jade verde, agujereadas en distintos lugares, que sostenían el techo abovedado en el que se veía pintado un precioso mural que parecía tener miles de años.

—¡**No hay salida!** —gritó Azumi, mientras revisaba todas las paredes de la sala.

Su voz me distrajo y me concentré en encontrar la manera de escapar.

Desde el túnel por el que habíamos entra-



do se escuchaba cada vez más cerca el siseo del monstruo y el deslizarse de su larga cola.

—**¡Tiene que haberla!**— respondió Hikaru mientras tocaba todas las piedras en busca de algún interruptor secreto, pero no lo había.

—**¡No quiero morir!**— exclamó mi hermano, lloriqueando.



Carlos...



¡Eso es mentira!

Bueno, igual sí que lo dije...
¡pero sin lloriquear!
¡Es que aún quedaba mucho
verano por disfrutar, bolines!

La abuela Rosario se colocó a la entrada de la sala con la espada mágica en alto para cortarle el paso a la serpiente.



—¡Daos prisa, no sé cuánto tiempo tenemos!

Yo sí lo sabía: ¡NADA!

En ese momento, la primera de las cabezas apareció como un misil por el agujero y mi abuela la atizó con la espada, pero resultó que estaba tan desafilada que no le hizo ni un rasguño: ¡solo le dio un cachiporrazo y la enfureció aún más!

—Oh, oh... —dijo Carlos.

Y entonces...

Un momento, un momento, un momento...

Igual me estoy adelantando un poco. Lo mismo debería contarte **ANTES** cómo llegamos a Japón, o por qué nos estaba persiguiendo una serpiente de ocho cabezas, o de dónde habíamos sacado una superespada mágica, o...

Sí... Lo mejor será que empiece desde el principio. Y el principio empieza el último día de clases, cuando nos dieron las notas y nuestra vida cambió **PARA SIEMPRE...**

